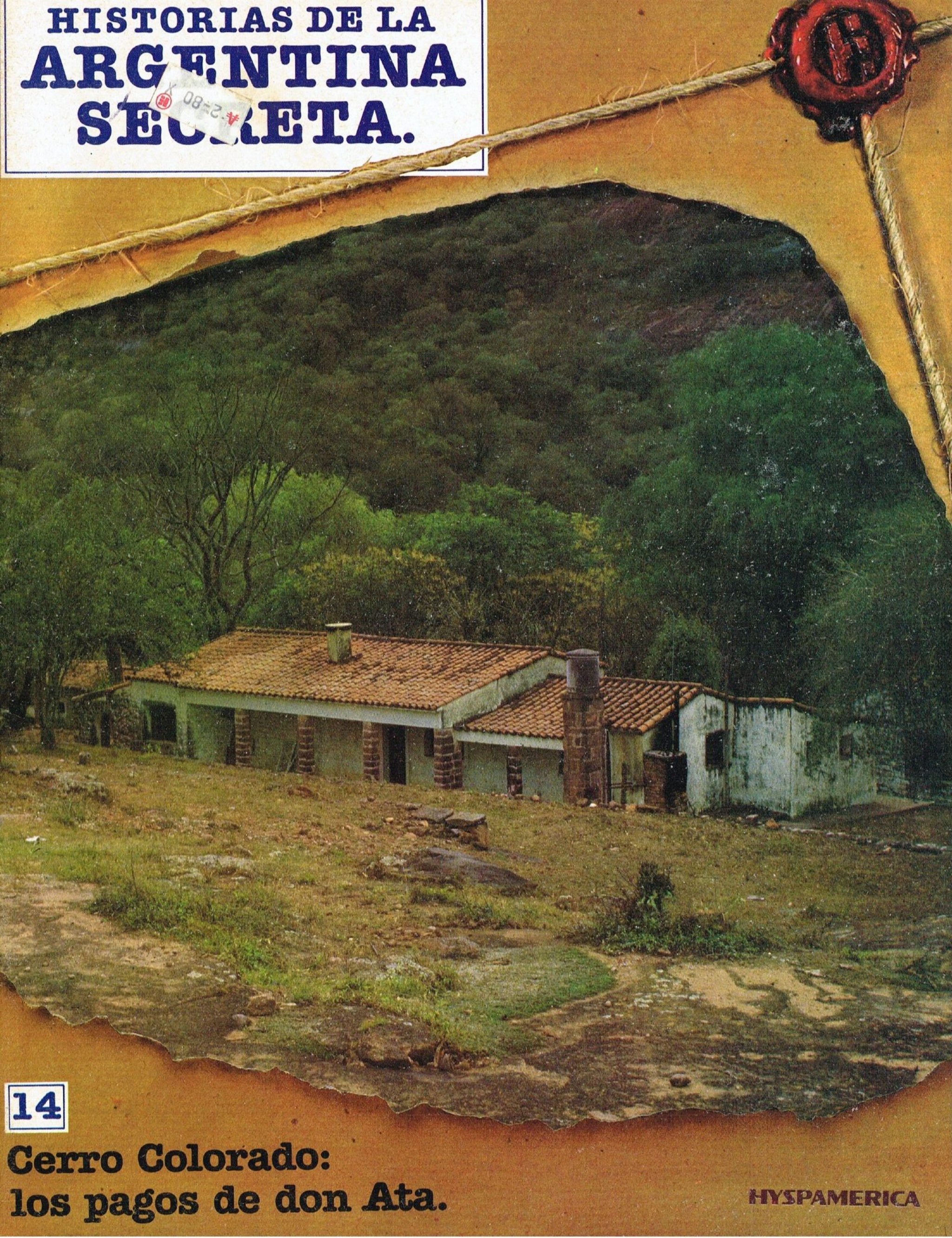

HISTORIAS DE LA
ARGENTINA
SECRETA.
14
Cerro Colorado:
los pagos de don Ata.
HYSPAMERICA

HISTORIAS DE LA ARGENTINA SECRETA.

Estos fascículos reproducen y complementan el contenido del primer programa documental de la televisión nacional, cuyas emisiones semanales llegan en directo, o en diferido, a cientos de canales de todo el país. El ciclo fue galardonado con la Cruz de Plata Esquiú, la estatuilla Santa Clara de Asís, el premio San Gabriel, el diploma de honor del Congreso El Niño y la Televisión, el premio Unidad Nacional, el que otorga la Universidad Nacional de Córdoba ("Unión Nacional"), y los que instituye la Asociación de Ciencias Naturales del Litoral.
El programa, además, representó a la televisión argentina en numerosas muestras internacionales y fue premiado en México y difundido por la televisión alemana, francesa y española.

PLAN DE LA OBRA

HISTORIAS DE LA ARGENTINA SECRETA es el resultado de un trabajo periodístico que sintetiza los hechos desconocidos de nuestro país en relación a pueblos, flora y fauna, paisajes y acontecimientos de repercusión socioeconómica. Incluye reportajes e historias de vida. Esta colección documental abarcará cien fascículos de aparición semanal. Cada veinte fascículos se integrará un tomo, cuyas tapas saldrán a la venta con los números 20, 40, 60, 80 y 100. Con las contratapas de cada fascículo se podrá formar, al finalizar la obra, el **ATLAS DE LA ARGENTINA REAL** que contendrá, además, **LA ARGENTINA EN CIFRAS**, una colección de datos, estadísticas, descripciones físicas, sociales y económicas de las provincias argentinas. Se publicarán también fotografías satelitarias y mapas de valor histórico y geográfico de relevante importancia. Este material complementa el **ATLAS DE LA ARGENTINA REAL**. Por razones de ordenamiento cada fascículo anticipará datos y referencias del mapa que se publicará en el siguiente. Las referencias del atlas así como las del mapa de la Argentina que se entregó con el número uno, acompañarán las tapas para encuadernar el atlas. Estas se pondrán a la venta al promediar la colección.



Cómo llegar: esta vez le aconsejamos una experiencia integradora: viajar a Cerro Colorado en ómnibus. Los micros salen diariamente, al mediodía, desde la terminal de la capital cordobesa y demoran más de seis horas en llegar. En lo de Algañaraz se pueden alquilar cuartos o, si no, pernoctar en el motel de San José de la Dormida, a unos diez kilómetros del pueblo. Los vecinos –acogedores y serviciales– le solucionarán todas las necesidades de estadía.

Editor:
Raúl E. Paggi.

Consejo editorial:
Jorge Lebedev, Doctor Alcides Lorenzo, Ingeniero Alejandro Lorenzo, Stella Paggi.

Directores generales de la obra:
Otelo Borroni y Roberto Vacca.

Coordinadora editorial:
Haydée Valero.

Redactores:
Jorge Anitua, Carlos Inza, Diego Lagache.

Fotógrafos:
Ignacio Corbalán, John Fernandes, Jorge Vilariño.

Coordinadora de viajes:
Susana Tenreiro.

Diseño:
Lorenzo Amengual, Daniel Sozzani.

Cartógrafos:
Daniel Marín, Pedro Rotay.

Documentadora cartográfica:
Noemí Casset

Secretaria:
Analía Gardín

Jefe de diagramación:
Víctor C. Sarracino.

Diagramación y armado:
Pedro Charab, Luis Armando Castelvi.

Corrección:
Aurora Chiaramonte, Griselda Iglesias.

Jefe de producción:
Juan Carlos Calderoni.

Asistente de producción:
Francisco Antonio Ursino.

Recopilación de videotapes:
Mario Stillitani.

Producción gráfica:
Rubén Padín.

Editado por:
Hyspamérica Ediciones Argentina S.A.
Corrientes 1437, 4º piso
(1042) Buenos Aires
Tel. 46-4385/4419/4484

Distribución Capital Federal:

Distribuidora Rubbo S.R.L.
Garay 4226/8, Buenos Aires
Tel. 923-4725

Interior:
Hyspa Distribuidora S.A.
Corrientes 1437, 5º piso, Buenos Aires
Tel. 46-3904/4404

Canje por tomos encuadernados:
Hyspamérica Ediciones Argentinas S.A.
Corrientes 1437, 5º piso, Buenos Aires
Tel. 46-6249/5197/4591

Fotocomposición:
Gráfica Publicitaria
Rivadavia 2358, 2º piso,
Tel. 47-0141/3239/48-4112

Fotomecánica:
Offset Plus Fotocromos
Comodoro Rivadavia 878, Bernal, Provincia de Buenos Aires
Tel. 252-8148/8794

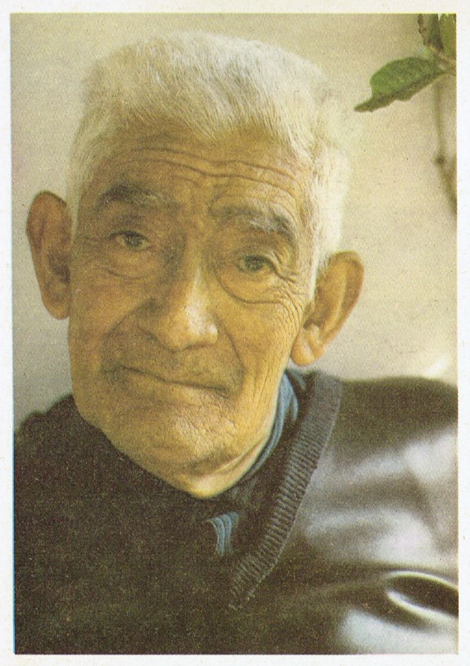
Impresión:
Talleres Gráficos Ernesto Zeiss S.A.I.C.
Belgrano 4065/67 (1210) Buenos Aires
Tel. 981-5656/2731

ISBN: 950-614-496-6 (Obra completa)
ISBN: 950-614-497-4 (Tomo I)
La presente publicación se ajusta a la cartografía oficial, establecida por el Poder Ejecutivo Nacional a través del IGM, ley 22.963 y fue aprobada por expediente número GGG 4020/101 de fecha 25 de agosto de 1986.

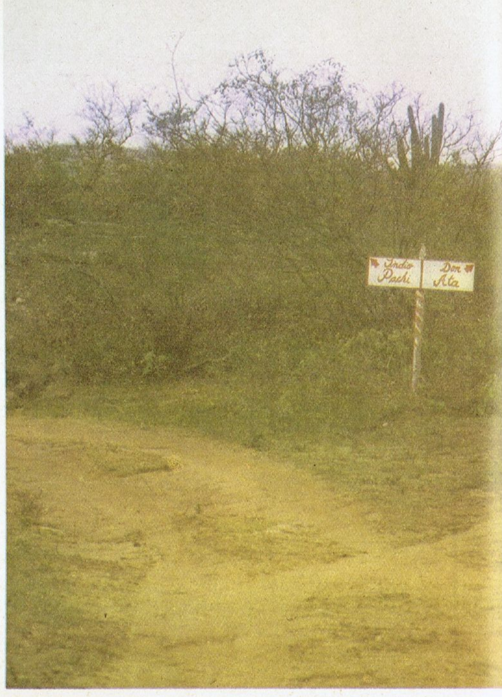
Cerro Colorado: los pagos de don Ata.



**Es un valle fértil y silencioso.
En él, una pequeña comarca de hombres amables y sencillos alberga enigmáticas pinturas rupestres y no pocos cantores de la tierra. Entre ellos Atahualpa Yupanqui.**



El indio Pachi: una mirada sabia e irónica sobre la vida. Supo cantar y componer canciones. Hoy contempla y espera, sin resignación, que el tiempo no destroce las tradiciones lugareñas.



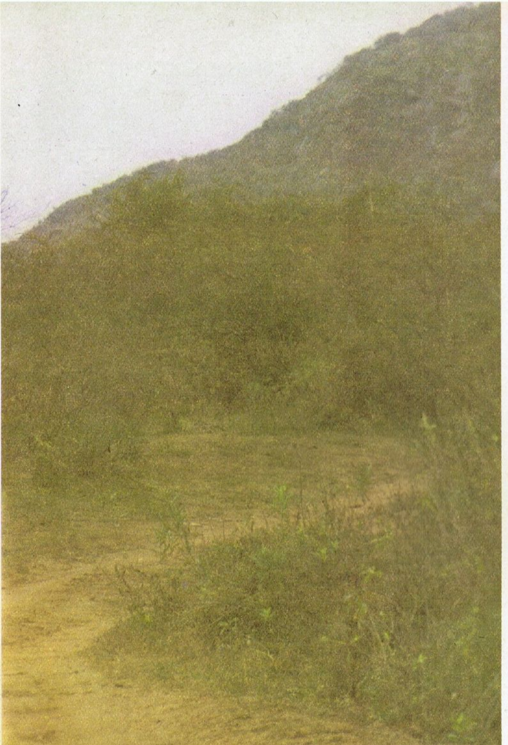


A 163 kilómetros al norte de la ciudad de Córdoba, la aldea de Cerro Colorado atrapa a los visitantes que llegan atraídos por las enigmáticas pinturas rupestres y terminan cautivos de la cordialidad de sus vecinos, del afecto que se sobrepone al silencio del paisaje, que alberga a hombres y mujeres aferrados a la tradición. Gente sencilla, buena, honesta, incapaz de romper el encanto, de alterar la vida y la paz. El mayor bien: su fecunda vida interior.

Aquí se mide el tiempo por la parición de las cabras o por la luz del sol que, al amanecer, tiñe las laderas de los cerros. De pronto, el camino presenta dos opciones. Hacia un lado, la casa del indio Pachi; hacia el otro, la de Atahualpa Yupanqui.

Dos caminos generosos.

En las laderas de los cerros serpentean caprichosamente cien caminos; más de cerca la vista percibe una sucesión de faldas escalonadas. Allí pastan caballos, enfrascados en los man-



París-Cerro Colorado: un itinerario que ya es habitual para Atahualpa Yupanqui.



Don Ata y el lugar que eligió para vivir. Entre los cerros, aislado del contacto con los hombres, en pleno sosiego, Yupanqui medita sobre la identidad cultural, sobre los temas e imágenes que convoca con sus poemas y su guitarra. Un valioso testimonio.

chones verdes que surgen entre las piedras, inmersos en el paisaje.

A la vera de un río, que casi parece un arroyo por lo exiguo, el poeta ha levantado un rancho (ver recuadro) que se destaca entre media docena de árboles. Columnas de ladrillo sostienen un amplio alero y desde sus ventanas la vista se pierde en el cerro.

Allí Yupanqui, de vuelta de tantos lugares –Europa, Buenos Aires, Latinoamérica–, regresa a los orígenes, vuelve a pensar una y otra vez en las mismas, eternas cosas.

El otro lado del camino lleva hasta la vivienda de otro personaje mitológico. Se trata del indio Pachi, leyenda viviente del lugar. La historia del indio Pachi nos lleva a un territorio de guitarreros y de coplas: de esas que alegraron cosechas o llenaron de nostalgias las fértiles chacras maiceras. Pachi es un viejito simpático y hablador. Su rostro antiguo, de edad indefinible, como la de los cerros, es anguloso. El pelo blanco está cortado al rape; el mentón es prominente y sus labios finos siempre están esbozando



Don Ata habla de sus pagos.

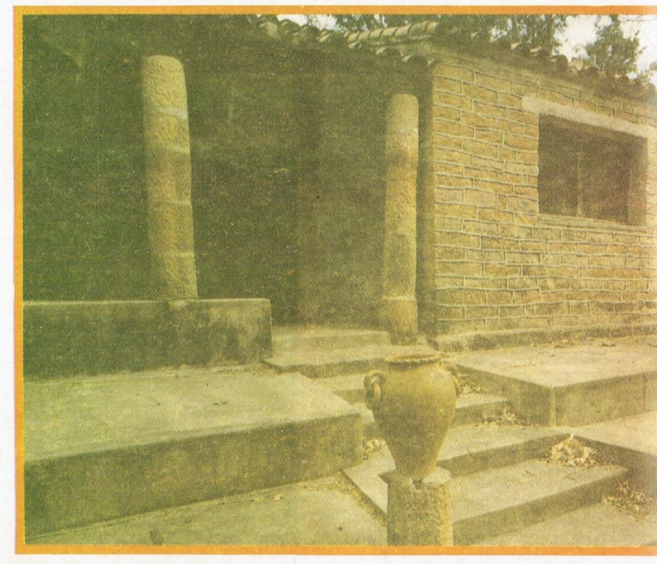
Los ojos sabios de Atahualpa Yupanqui parecen mirar más allá de su interlocutor. Su voz se desgrana, cansina, segura, en mil imágenes verbales. *«Esto* –señala las laderas de los cerros– *fue el fondo de un mar. Cuando uno va al galope, siente como que el casco del caballo va rompiendo caracolas, y son justamente caracoles calcificados los que quiebra. Al paso del caballo se siente un cric-cric, y es el sonido de los millones de fósiles que fueron quedando cuando esto fue en otras edades fondo de mar. Vemos a los costados seis o siete estratos diferentes; esto quiere decir que cuando se fue el mar y quedó el gran río, éste estuvo mil años golpeando la costa, abriendo el tajo. Es decir, certificando su presencia, y luego, diez o doce metros más abajo, otra franja, otros mil metros golpeando. Hasta que se fueron ausentando las aguas del territorio. Y sólo quedó un sencillo río que apenas alcanza a ser uno de los tantos paisajes de este monte cordobés.*

La gente –continúa Yupanqui, sentado sobre una piedra a la vera del río– *seguramente ha sido antes muy criolla porque había muchos caballos y buena pastura; entonces se montaba a caballo y la gente tenía un sentido de seguridad de la vida rural. Después, las cosas, la evolución, si se la puede llamar, o la involución, desde el punto de vista de las tradiciones, han ido cambiando la condición humana, y se han producido brotes de silencio y de cambio. Y entonces el hombre, que era libre en este campo, se ha vuelto un poco hombre de ciudad. Se ha vuelto, en cierto modo, prisionero del nuevo concepto de vida que tienen los pueblos.*

Las aguas de la vertiente, los lloros de la montaña, están buscando un cauce. Entonces se la puede beber con las manos. Recién se ensucian al ir a acercarse a lo que llaman el poblado. ¿Pasa así con el alma de los paisanos que era tan limpia y abierta en estas latitudes como en las pampas del sur?»

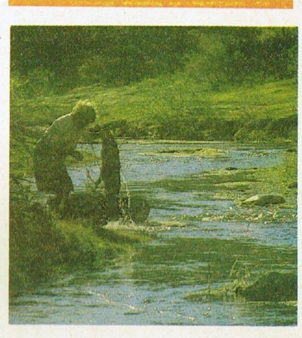
Atahualpa relata la historia de su rancho en Cerro Colorado: *«Con un amigo veníamos por acá a hacer cine mudo, en un camión: Tom Mix, William Hart* –el poeta ríe francamente, atrapado por los recuerdos–. *Teníamos una sábana como telón. Y cobrábamos veinte centavos del lado en que se lee y diez del otro lado. La gente igual se ubicaba a los dos lados, porque había muchos que no sabían leer ni para atrás ni para adelante. Entonces, después de veinte minutos de la gran película, se quitaba la sábana, que estaba anudada entre dos árboles y yo daba un concierto de veinte minutos: chacareras, zambas, vidalas, milongas.*

Así recorrí todo esto, hasta el sur de Santiago del Estero. Y alguna vez llegué acá y me hice de amigos. Aquí cerca nomás había un señor que estaba incapacitado, imposibilitado por una parálisis para acercarse al poblado, que estaba a dos kilómetros. Entonces yo me llegué hasta lo del criollo, que se llamaba don Eustacio, de pie, a las diez de la mañana, con la guitarra al hombro. Cuando lo vi, le dije: "Buen día, ya que usted no puede venir le vengo a cantar yo". Entonces tomaba tres o cuatro mates y le cantaba. Al irme prometía volver cuando pudiera. Así vine dos o tres días. Pasaron tres meses y volví otra vez, ya sin cine, a ver a los amigos. Yo tenía un caballo que me habían prestado y entonces lo visité a este señor –un paisano bien paisano–, hombre que se manejaba con doscientas ideas y veinte palabras diarias, que me dijo: "Yo quiero agradecerle su generosidad de venirme a cantar, ya que estoy impedido. Elija un rinconcito para levantar su rancho y venir cuando pueda a descansar". Y esto es lo que usted está viendo: un rancho con un lugarcito para un hombre, para su familia». Un remanso lejos del hombre, para encontrar al hombre.

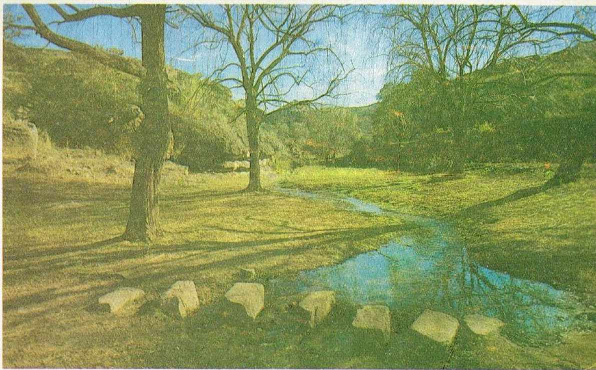


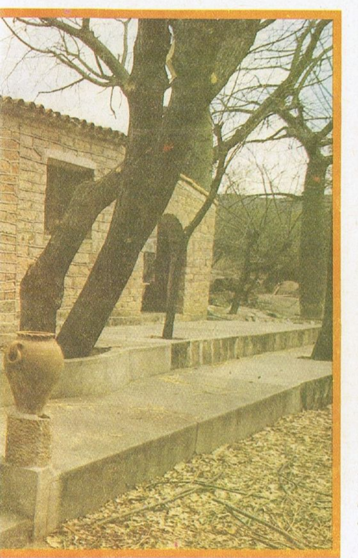


En Cerro Colorado conviven en armonía los recién llegados y los lugareños.



Arroyos, acequias, cerros, paz y armonía. Ese es el entorno en el que eligieron vivir la psicóloga Cristina Rindermsa y su amiga Nelly del Prato. Llegaron desde grandes ciudades y encontraron su paraíso privado en Cerro Colorado. Allí viven, de la cría de chivos y del producto de su propia huerta. Lo único que lamentan es la pérdida de las tradiciones.





una sonrisa, entre tierna e irónica. Paso a paso, el hombre se pierde en recuerdos; en sus largas caminatas hace un inventario de alegrías perdidas, de tiempos muertos, de guitarras silenciosas, de paisajes sin acompañamientos. Entonces añora esos tiempos criollos de su juventud: *«Yo quisiera estar bien* —dice— *para poder hacerle una chacarerita. Me hai gustado mucho la música a mí».* Y lo dice sin resentimiento por su situación actual, casi con serena alegría.

Pachi, como todos los músicos de Cerro Colorado, nació con una guitarra en la mano. El instrumento fue su compañero cotidiano, un amigo de las horas de ocio y de trabajo: *«He hecho una piecita, una chacarera que el Chango Rodríguez le puso letra. La chacarera se llama* A mi Cerro Colorado, *música por el indio Pachi. Y en una parte dice... espérese...:*

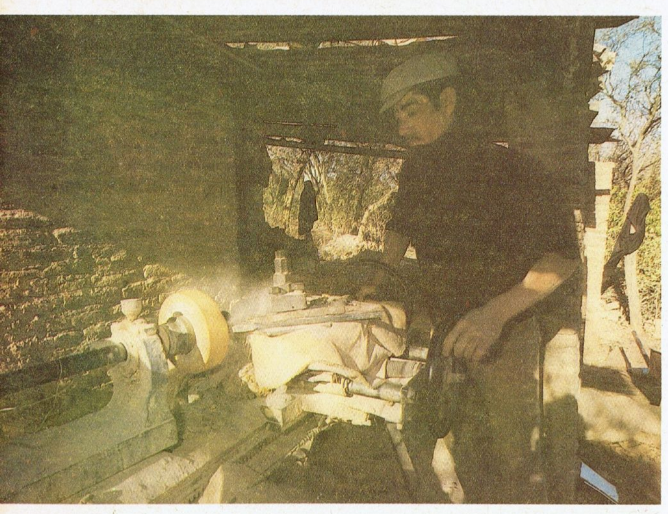
el indio Pachi
en un monte de algarrobo
tiene un árbol plantado
guitarrea y toma vino
mientras haya algún asado...»

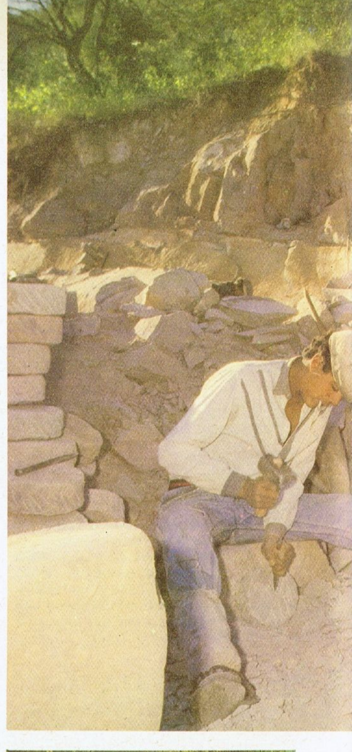
Una tradición que se pierde.

En el pueblo del indio Pachi, florecen siempre guitarras que lanzan sus sones al viento y gente nueva que llega para sembrar sus propias esperanzas, echar sus propias raíces.

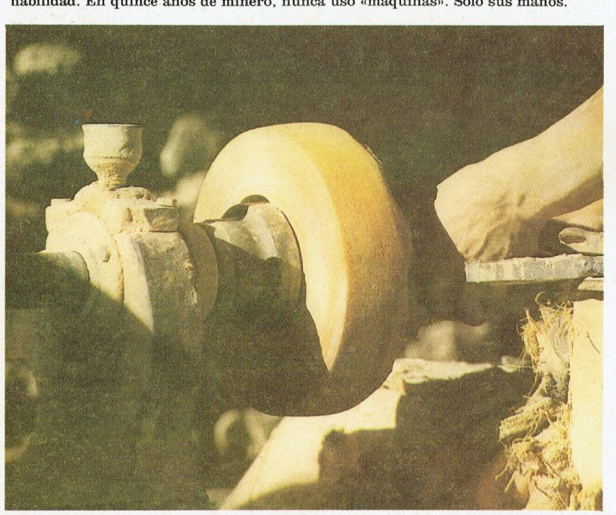
Sobre un paisaje de tierra colorada, piedras y árboles, dos mujeres de edad mediana se afanan entre un

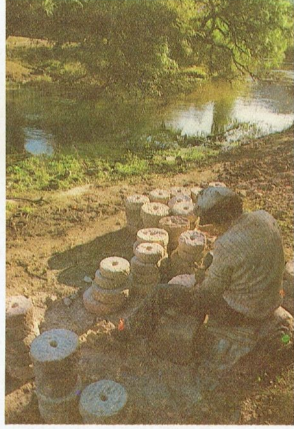
La zona conserva el orgullo de una tradición minera. Un oficio que mezcla pólvora, sudor y acero para domeñar la piedra y darle la forma apropiada.



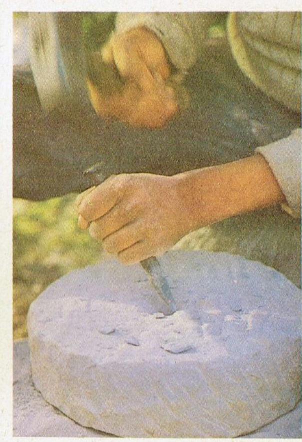


Emilio Carranza es tallador de piedras y está orgulloso de su oficio. Un trabajo que consiste en extraer el mineral de las entrañas de los cerros y tallarlo a martillo y habilidad. En quince años de minero, nunca usó «máquinas». Sólo sus manos.

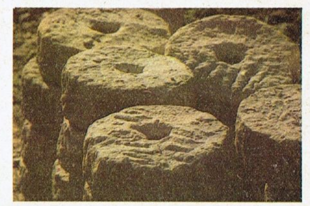




De cara al paisaje, no oculta su agradecimiento a la generosa geografía. De ella obtiene los medios para poder subsistir.



Una larga cadena de compradores y vendedores une el trabajo de Carranza con los consumidores de las grandes ciudades.



grupo de cabras; después del ordeñe, salen del corral y entran a su casa.

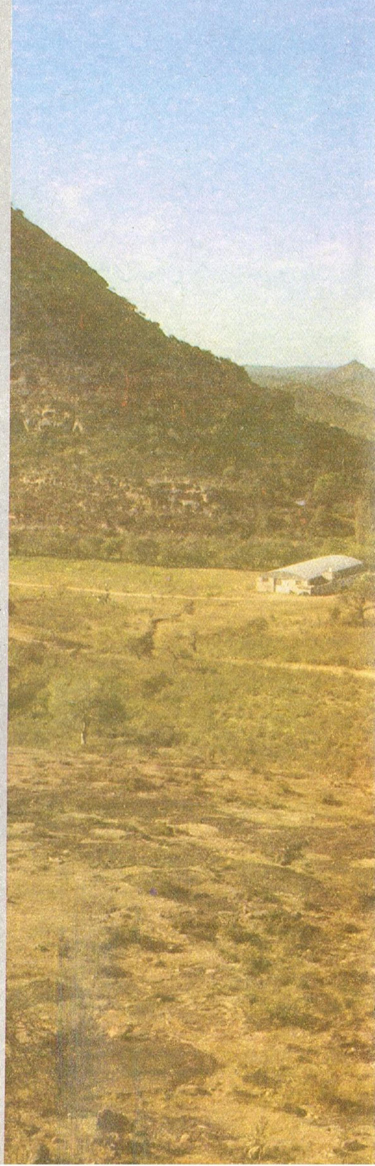
Adentro, el paisaje cambia drásticamente. Las paredes están cubiertas de estantes con libros, cuadros, tapices con motivos indígenas. Grandes frascos guardan múltiples objetos. Sobre el piso, el despliegue es vasto y multicolor: vasijas en forma de ánfora, calderos de cobre, muñecos de paja, una pantalla de metal, un sillón de mimbre, un antiguo fonógrafo. Todo un estilo que muestra a las claras que quienes allí habitan son gente que ama el lugar elegido para vivir.

Los que así imaginen no se equivocarán. La psicóloga Cristina Rindermsa y su amiga Nelly del Prato eligieron Cerro Colorado de una vez y para siempre: «*Nosotras* —cuenta Cristina— *éramos docentes en un instituto de enseñanza, y en una ocasión en que una huelga de docentes se prolongó demasiado, decidimos radicarnos aquí. Una vez, una amiga me preguntó: "¿Conocés Cerro Colorado?" "No, le respondí, no tengo la menor idea de dónde se encuentra". "Mirá, vamos a ir, porque yo una vez llevé excursiones de alumnos y realmente es un lugar maravilloso". Ese fue el comienzo de esta historia*».

Una vez vinimos un sábado y un domingo —continúa Cristina—. *A la siguiente semana, otro sábado y domingo. Acampamos exactamente en la esquina de nuestro terreno actual, y de tanto contemplar este hermoso paisaje, de tanto ver las pictografías, de estar en contacto con la gente, pensamos un poco lo que piensa toda la gente que viene acá: "qué lindo sería poder vivir en este lugar". Y esa fue la historia, y aquí estamos desde hace cinco años, viviendo en forma permanente y estable. Todavía era posible ir al almacén de ramos generales y bailar con los paisanos las cosas típicas nuestras, o sea las chacareras, las zambas... No faltaba un señor que tocaba el bandoneón y con el cual nos entreteníamos muchísimo. Ese es el tipo de cosas que se ha ido perdiendo*».

La psicóloga habla con voz pausada. Más allá, su amiga trabaja con las manos una pieza de alfarería.

«*Hay un problema* —continúa Cristina— *que ha hecho modificar mucho la vida del lugar. La gente joven no tiene salida económica, de modo que los más chicos tienen que ir a la ciudad y trabajar de cualquier cosa. Las muchachas, por ejemplo, consiguen empleos en el servicio doméstico mientras que los varones suelen retirarse del pueblo por períodos prolongados, porque van a realizar al sur de Córdoba tareas de campo. En estos momentos están ocupados en el maíz en distintos lugares de la provincia y en Santa Fe. La vuelta de esa gente a Cerro Colorado trae, por supuesto, otra perspectiva a la gente mayor de por acá. Hace poco recibimos unas visitas que llegaron de la Capital Federal y que hicieron un viaje desde Córdoba hasta Cerro Colorado en el colectivo que viene por las sierras. Dio la casualidad que venían con chicos y muchachas de Cerro Colorado, y me comentaron: "No nos dimos cuenta de que estos chicos son del interior de la provincia, porque tienen los rasgos y características exteriores de cual-*

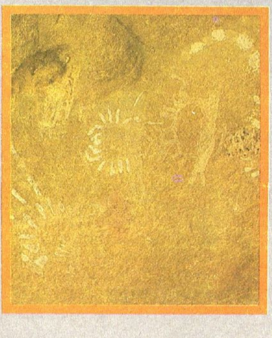


Los sonidos del paisaje.

El lugar es cuna de ignotos cantores y musiqueros. Hombres acostumbrados a tallar piedras, hurgar en las grutas y aleros señalados por misteriosas pinturas rupestres y acariciar guitarras. En Cerro Colorado los sonidos no dejan lugar a los silencios. Porque, se sabe, la vida fluye y entona no escritas sinfonías, partituras que solamente advierte el sentimiento, la sinrazón misma de la sensibilidad.

Los amaneceres del villorrio suelen nacer junto a los zorzales y el cantarino devenir del río que hiere el valle. Los balidos de las ovejas, los cascos de algún potrillo arisco y el viento que mece los eucaliptos no provocarán sacrílegas estridencias. A lo lejos, acompasados, los martillos hacen su trabajo fatigando sudores resignados, monótonos, calcados de un día a otro día, en interminables jornadas de talladores de piedras.

Por la tarde, cuando los chicos abandonan la escuela y arañan los caminos a pasos «alpargatados» (cuando no descalzos), a la hora del *Angelus*, alguno que otro boliche se puebla con el murmullo de largas y amistosas charlas en torno al sempiterno porrón de ginebra. No faltará la copla que cante al amor y al paisaje, en igualdad de condiciones. Sabios y serenos, los vecinos de Cerro Colorado disfrutan del espacio. Y también de cada uno de los particulares sonidos que acompañan su transitar vital por este valle, tan lindo y atrapante.





quier chica o muchacho que se puede encontrar en el centro de una gran ciudad". Esto muestra un fenómeno de transculturación que se está acentuando en este momento en el Cerro. Me suelen contar que la introducción de la radio a transistores modificó mucho las costumbres. Quisiera saber cuál será el efecto de las repetidoras de televisión, próximos a instalarse, sobre los pobladores».



Los habitantes de Cerro Colorado.

Así como Cristina Rindermsa y Nelly del Prato optaron por criar machos cabríos, hacer cerámicas, cosechar su propia quinta, hilar y tejer, enhebrar sueños en realidades, en el pueblo otras historias se tallan en la piedra.

Son historias de hombres de manos curtidas, de obreros que heredaron el oficio de una tradición minera, de paisanos que hicieron de la extracción de piedra su medio de vida, que las moldean, pulen, tornean y vuelven a pulir hasta convertirlas en piedras de afilar. Un trabajo que roba las horas de muchos vecinos de Cerro Colorado. Emilio Carranza es uno de ellos. Ensimismado en su torno, trabaja con amor la piedra que tiene ante sí.

Mientras da forma al mineral, explica con orgullo su trabajo: *«El de la piedra es un trabajo que lleva oficio y aquí, en Cerro Colorado, lo hacemos muchos, no solamente yo; es un trabajo que se hace a martillo y puntas. Sacamos la piedra con explosivos; hacemos barrenos, cargamos con pólvora, mecha y ¡Boom!; después las cortamos, las redondeamos, las agujereamos. El facturante pone los trozos sobre el cajón y allí los escalpela, lo esculpe hasta que quede todo lisito. Creo que esta labor hay que hacerla con un poco de práctica, de sentido y no con tanto brazo, me parece, ¿no? Yo, por lo menos, lo hago así; con mucha práctica porque tengo quince años de trabajo sobre la piedra».*

El pueblo de Cerro Colorado es pequeño. Unas trescientas personas conviven pacífica, amigablemente, y muchos de ellos se agrupan, al caer la noche, en el bar de Roque Saravia, que no es sólo un bar sino un lugar obligado de encuentros, como cuadra a un lugar tan pequeño como éste. Allí, todas las noches, los criollos suelen gastar ginebras para alentar recuerdos, azuzar anécdotas o estallar en bromas, en un canto a la humildad cotidiana, a la vida sencilla.

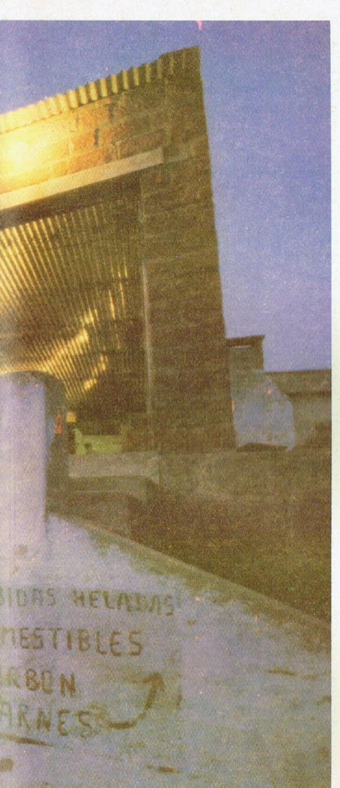
En otro boliche, el de los hermanos Argañaraz, se encuentran otras claves del pueblo. Uno de sus dueños, don Julio, atiende incansablemente detrás de un mostrador, abarrotado de las más diversas cosas: ropa de trabajo, ollas, aperos, rebenques. Apilados a los costados se ven sombreros de paja, regaderas, palas, llaves inglesas, escobas, cajones de bebidas; en fin, lo mínimo que hace falta para la modesta vida en Cerro Colorado.

Don Julio habla sobre su trabajo: *«Cerro Colorado es muy pequeño, apenas trescientos habitantes, la mayoría con actividades de campo. Este comercio fue fundado por mi padre allá por 1935 y desde muy pequeño estuve acá en esta actividad, atendiendo a los pobladores y visitantes. Hay veces que los visitantes justamente superan a la población estable del lugar, porque éste es un lugar muy visitado. Porque es un rinconcito que finca su encanto en el paisaje y además tiene la gran importancia de las pinturas rupestres que se pueden encontrar en unos cien abrigos naturales».*

Apenas son un puñado de familias: trescientas personas. La vida transcurre aquí lenta y bella. Un ómnibus trae todos los días unos pocos diarios, un viajante de comercio y la escasa correspondencia. Si bien es cierto que los jóvenes emigran, los chicos generan alegrías, porque crecen arrullados por zorzales, reinas moras y palomas, entre algarrobos, durazneros y tunas; oliendo mentas, romeros y flores silvestres. Amando la naturaleza.

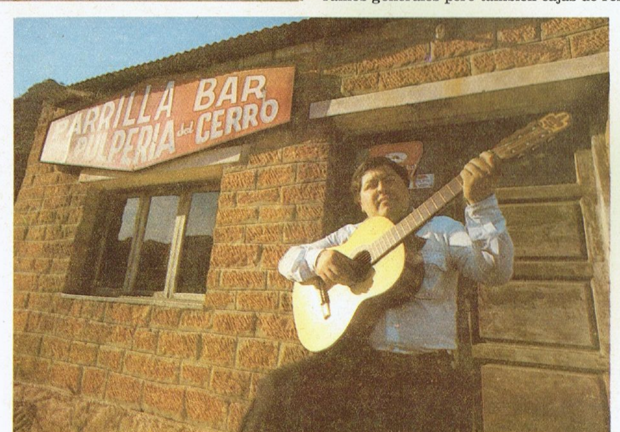
Dice al respecto Atahualpa Yupanqui: *«El niño acá entiende. Ve al potro, ve*

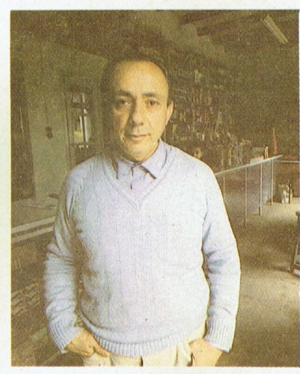
En el almacén, una vez al día, se detiene el ómnibus que une Cerro Colorado con la capital cordobesa: el chofer es además el repartidor del pan.





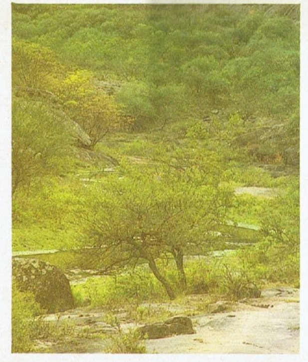
Dos boliches del pequeño villorrio –lo de Saravia y lo de Algañaraz– convocan espontáneas guitarreadas y largas tertulias vecinales. Los dos locales son almacenes de ramos generales pero también cajas de resonancia de las tradiciones locales.

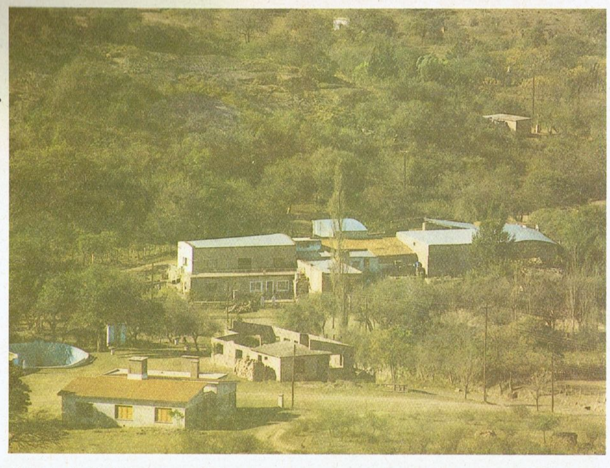




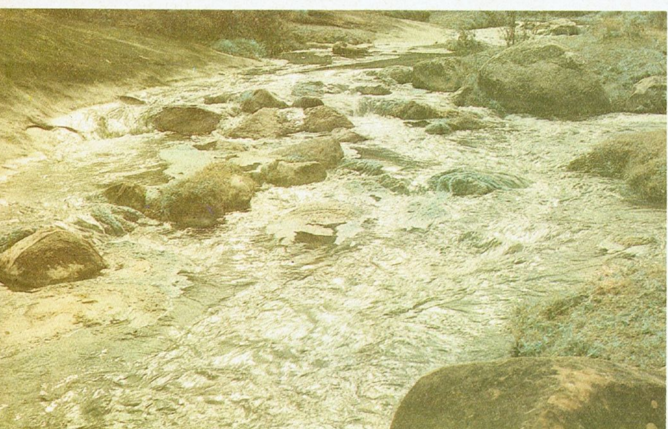
El almacén de don Julio Algañaraz provee a los habitantes de los productos esenciales y es lugar obligado de encuentros.

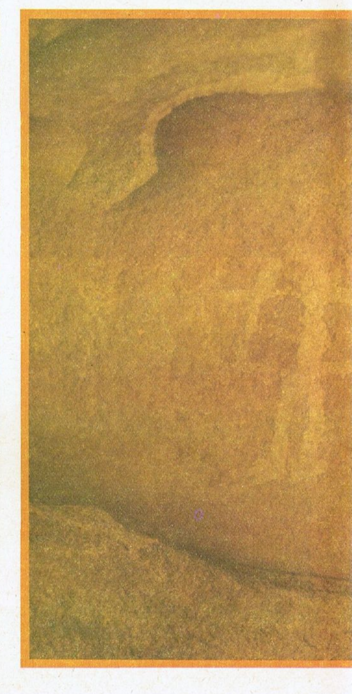
Los cerros conservan indescifrables tesoros arqueológicos. Un motivo de atracción.





Trescientos habitantes que luchan por no ser acorralados por la poco rentable actividad agrícolo-ganadera cuyas explotaciones, en pequeña escala, se traspasan de padres a hijos. La heredad está poblada por los restos de una más que centenaria cultura.





a la vaca, al toro. Su naturaleza es abierta, es libre. Y se siente seguro. Puede tener el pantalón roto, claro que sí, y no usar calzado fino porque no puede usarlo, pero mírelo a los ojos y verá qué sentido de libertad tiene su mirada: una mirada de niño libre y seguro, seguro de su niñez».

Las imágenes confirman sus palabras. En Cerro Colorado la libertad de desplazamiento de los más pequeños es total: hasta donde alcanza la vista los chicos juegan en las calles, atraviesan vados montados a caballo, establecen un contacto cotidiano, creador, con la naturaleza.

Un tesoro que se destruye.

En Cerro Colorado se encuentra la colección de pinturas rupestres más numerosa de la Argentina. Este hecho convocó durante muchos años a los especialistas más renombrados, que trataron de develar los enigmas grabados en la piedra, signos de la cultura indígena de los pueblos sanavi-

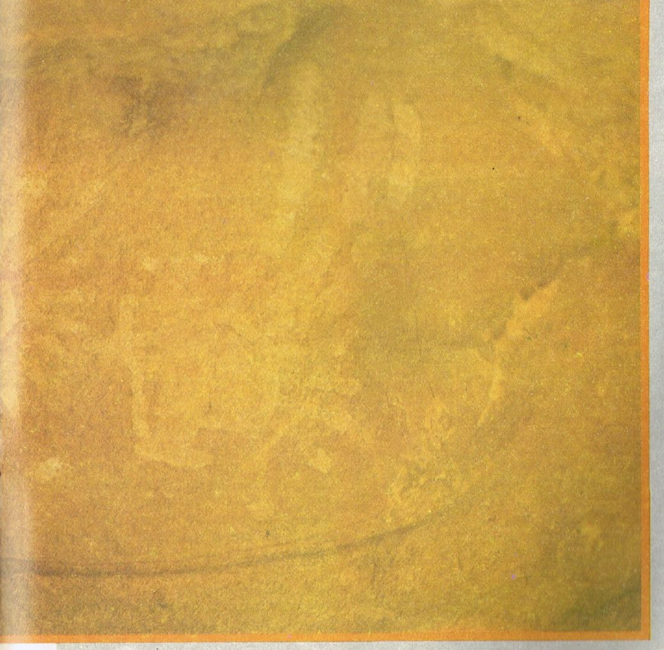
Historia reciente.

«Las pictografías rupestres del Cerro Colorado fueron descubiertas en 1903 por el eminente escritor Leopoldo Lugones, nacido en Río Seco, durante una excursión por las sierras que realizó en compañía de su hermano Carlos y del baqueano Jesús Argüello, de más de noventa años de edad. En ese mismo año las describió en un artículo publicado en el diario *La Nación* con el título "Las grutas pintadas de Cerro Colorado".

Muchos fueron los especialistas europeos que se sintieron atraídos por las riquezas artísticas y arqueológicas de esta región, entre ellos el profesor escocés G. A. Garner, de la Universidad de Oxford, quien permaneció durante varios años a partir de 1920 estudiándolas y cuyos resultados publicó en un libro aparecido en Londres en 1931 titulado *Rock paintings of North-West Córdoba* (Pictografías del Noroeste de Córdoba). También los arqueólogos argentinos Francisco Aparicio, Félix Outes, Antonio Serrano y Clemente Ricci realizaron interesantes estudios de las valiosas pictografías.

En las dos grandes cuevas del Cerro Colorado existen 482 motivos, de los cuales 231 son de figuras humanas y el resto de animales o corresponden a motivos geométricos de significado indefinido.

Están pintadas preferentemente utilizando los colores rojo, blanco y negro, aunque en algunas se encuentran mezclados los tres colores. El historiador don Rodolfo de Ferrari Rueda, en su *Historia de Córdoba*, dice: "Estos frescos rupestres representan, algunos, grandes escenas de caza con flecheros emplumados y enmascarados, tal vez hechiceros. Otros, batallas de los españoles con los aborígenes, representados por indios adornados con plumajes, esgrimiendo en las manos arcos y flechas, y guerreros hispanos montados a caballo con sus indumentos protectores y armados de espadas y lanzas. Se ven además animales dibujados en forma muy realista: jaguares, pumas, llamas y guanacos; a estos últimos es curioso verlos en extensas filas o agrupados en corto número. Cóndores de alas abiertas, largo cuello y pico poderoso. Chuñas, ciervos, ñandúes zorros y búhos. Reptiles en forma de serpiente y otros ofidios y saurios. Grandes tortugas –que había hasta hace unos años y creo existen todavía– están también representadas. Además, ciempiés y figuras zoomorfas y otras muchas figuras y signos cuyo significado no se conoce, entre ellas numerosas de forma circular. Las escenas que representan batallas fueron pintadas con seguridad entre 1545 –expedición de Diego de Rojas– y, las subsiguientes, hasta y después de 1575, por la presencia en las pictografías de figuras de españoles y de caballos que fueron traídos por aquéllos".



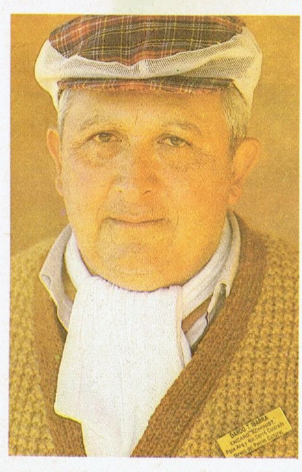
En los considerandos del decreto por el cual se declara el valor histórico del yacimiento dice:

"Que el Yacimiento Arqueológico de Cerro Colorado, cuyas numerosas grutas encierran enorme cantidad de pictografías rupestres, puede considerarse en su género el más importante de América".

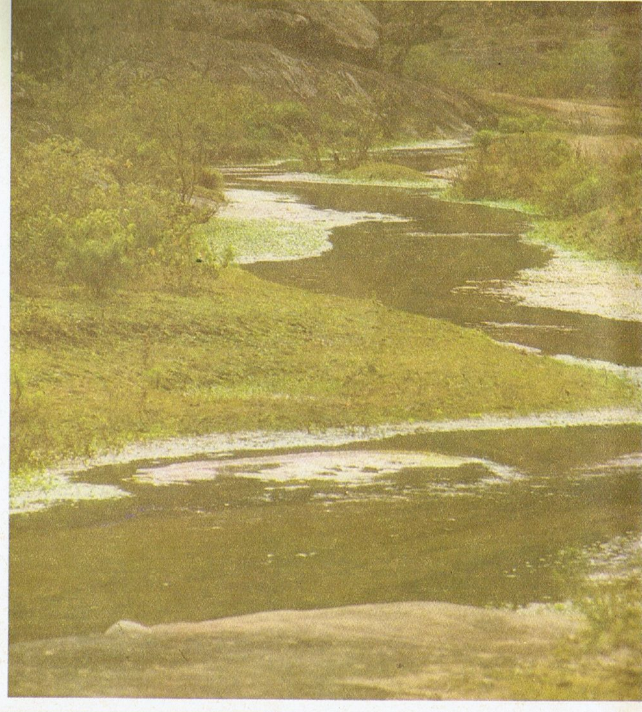
Fue declarado Monumento Histórico por decreto número 861 del 1 de febrero de 1961».

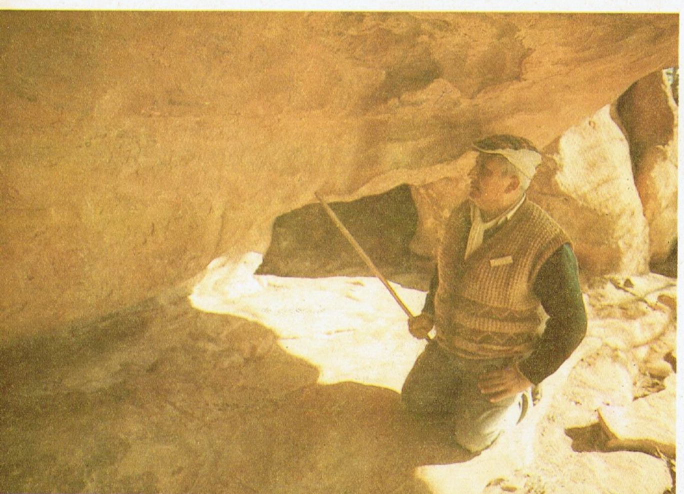
Recientemente el lugar fue propuesto para que la Unesco lo declare patrimonio de la humanidad. Quizás cuando ello ocurra la mirada del mundo –y no sólo la de los argentinos– contribuya a salvar del destrozo a estas reliquias.

Batallas, guerreros, brujos, reptiles: la historia de un pueblo exterminado.

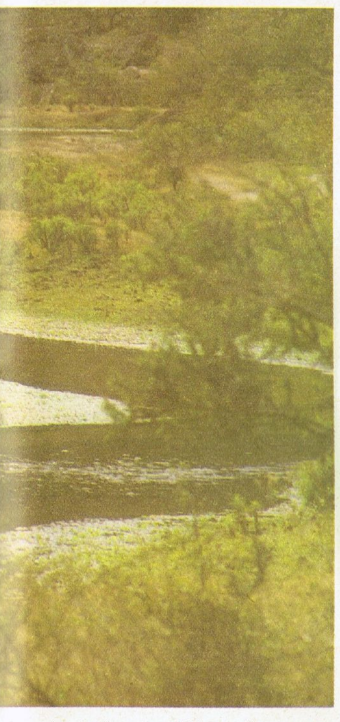


Dardo Tiburcio Ibarra es el encargado del Parque Arqueológico y Natural Cerro Colorado, y guía de los cada vez más numerosos turistas que visitan la región. Profundo conocedor del origen e historia de las pictografías, sólo lamenta el descuido.





rones y comechingones que habitaron allí desde hace más de mil años. Dardo Tiburcio Ibarra, mientras inspecciona las pictografías del lugar, no puede menos que alegrarse de ser custodio de tanta riqueza. Sabe que este tesoro arqueológico pertenece a la humanidad y que, por lo tanto, cualquier gesto que lo hiera debe ser estrictamente prohibido. Ibarra muestra con orgullo parte del tesoro que custodia: *«Acá tenemos una serie de llamas, estos círculos concéntricos son la representación simbólica del ojo de agua de un manantial. Esta figura blanca representa una vivienda aborigen; éstos, los animales de presa que el hombre mataba para comer; éste un cóndor real con la característica ala blanca; acá están los flecheros emplumados de la época clásica».* Justamente la más original del conjunto de pictografías de Cerro Colorado es el flechero emplumado, dibujo que no aparece en ningún otro conjunto investigado hasta el presente. Los motivos que más abundan en aleros y cuevas de Cerro Colorado refle-





El plumón de los gansos es otra de las fuentes de ingreso de la región. La cadena de cerros que fue refugio de los comechingones encierra todavía una inmensa cantidad de hallazgos artísticos que, con nuevas investigaciones, llegarán a ser descifrados.

jan la fauna autóctona: llamas, pumas, zorzales. También hay escenas de caza y ritos religiosos. El valioso sol de Inti Huasi, un altar del hombre primitivo americano, fue trasladado a Inglaterra –prácticamente robado– sin que nadie lo impidiera.

Ibarra tiene cincuenta y dos años y es el encargado administrativo del Parque Arqueológico y Natural Cerro Colorado, puesto que desempeña desde hace veinticinco años. Es también uno de los ocho guías que en la actualidad se encargan de mostrar el lugar a turistas y estudiosos. Las pinturas están divididas en tres grandes períodos: las geométricas, que pueden tener hasta 8.000 años (cultura Ayampitín), y las primeras naturalistas, que datan de 4.000 años (también Ayampitín); luego, cuando aparece el Comechingón (hace 1.600 años) que porta arco y flecha y, por último, el período Sanavirón, de hace mil años, de las tribus provenientes de las costas de los ríos Dulce y Salado. Desde 1545 a 1574 los comechingones y sanavirones (posiblemente fusionados)



Un paisaje poblado por las sombras del pasado. Lugar amable y tranquilo, refugio seguro de lugareños y turistas. Tal la serena realidad actual.



pintaron a los españoles a pie y a caballo, en combate con los indios. Las pinturas están realizadas en aleros de rocas sedimentadas que sirvieron como refugio al pueblo de los comechingones.

Descubiertas en el siglo pasado, las pinturas rupestres estuvieron libradas a su propia suerte. El 15 de marzo de 1958 las autoridades las declararon monumento nacional y actualmente existe un proyecto de ley en la Cámara de Diputados para declarar parque provincial a un predio de 3.000 hectáreas de la zona, que son precisamente las que contienen las antiguas pictografías.

Atahualpa Yupanqui, indignado por la depredación causada por inescrupulosos turistas, saqueadores de reliquias y mercaderes de museos extranjeros, ha denunciado que *«hay gente que no ha aprendido a oír la voz de todos los dioses que le transitan por la sangre a nuestra América deslumbrante y misteriosa»*. Algo que, con otras palabras, también denuncia Cristina Rindermsa: *«Las pinturas representan un gravísimo problema de conservación. Por un lado el proceso lógico de deterioro de la piedra, por otro los procesos eólico y eónico, y luego el robo y depredación humanos. Es hora de que las autoridades encaren en forma definitiva este tema porque las pinturas desaparecen en forma progresiva y alarmante. Si no, el daño será irreparable».*

Todos comparten las inquietudes de Cristina, y mientras esperan que llegue la solución, desde los cerros parecen corporizarse imágenes del pasado: sombras de viejos guerreros, brujos emplumados, jinetes y mitológicos flecheros, difusas tejenderas que mueven quizás los mismos husos con las mismas manos, el mismo amor que las actuales mujeres de las villas. Y pasado y presente, espejo y reflejo, se unen en el abrazo de la historia de un pueblo de hombres que en la Edad de Piedra enviaron mensajes al futuro, mensajes que fueron recogidos por otros argentinos que prefieren hoy ser vecinos de poetas, guitarreros, copleros, cantores de cosas de la vida de la tierra. Hombres sencillos que prefieren lo esencial a lo superfluo. *«No habito lugares bellos* –dice Yupanqui–. *Yo lo que tengo es paisaje».*

SANTIAGO DEL ESTERO: los frutos de una tierra yerma.



Población: 594.920 personas.

Densidad de población: 4,4 habitantes por kilómetro cuadrado.

Dónde está la gente: Capital: 164.867 habitantes; Banda: 80.834 habitantes; Río Hondo: 38.813 habitantes; Robles: 26.834 habitantes; General Taboada: 27.445 habitantes; Moreno: 26.492 habitantes; Choya: 29144 habitantes; Avellaneda: 16.662 habitantes; Pellegrini: 16.272 habitantes.

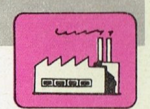
Los que nacen: 17.579 (dato de 1979).

Los que mueren: 4.088 (dato de 1979).

Mortalidad infantil: 55 cada mil nacidos vivos.

División política: Santiago de Estero está dividida en veintisiete departamentos: Aguirre, Alberdi, Atamisqui, Avellaneda, Banda, Belgrano, Brigadier Juan F. Ibarra, Capital, Copo, Choya, Figueroa, General Taboada, Guasayán, Jiménez, Loreto, Mitre, Moreno, Ojo de Agua, Pellegrini, Quebrachos, Río Hondo, Rivadavia, Robles, Salavina, San Martín, Sarmiento, Silípica.

La industria y el comercio.



Establecimientos industriales: 1.234.

Personal ocupado por la industria: 7.487.

Establecimientos de comercio y servicios: 13.553.

Personal ocupado por el comercio y los servicios: 23.300.

Principales cultivos

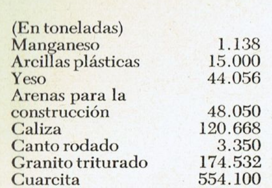




(en toneladas)

Maíz	57.500
Sorgo granífero	300.000
Trigo	17.000
Algodón semilla	18.000
Algodón industrial (fibra)	8.400
Algodón industrial (bruto)	23.700
Alfalfa	77.000
Alfalfa semilla	320
Mandarina	12.000
Naranja	10.000
Garbanzo	685.000
Batata	143.000
Melón	27.000
Tomate	135.000

Producción minera de 1980.





(En toneladas)

Manganeso	1.138
Arcillas plásticas	15.000
Yeso	44.056
Arenas para la construcción	48.050
Caliza	120.668
Canto rodado	3.350
Granito triturado	174.532
Cuarcita	554.100

El fruto del bosque.



(En toneladas)

Rollizos	15.420
Leña	23.725
Carbón	46.701

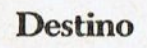
La ganadería



Censo ganadero de 1977 (en cabezas de ganado).

Bovino	1.151.900
Ovino	685.400
Porcino	139.200
Equino	208.000

La energía.



Electricidad: potencia instalada de servicio público: 74.200 kilowatios.

Principales represas

Nombre	**Población más cercana**	**Capacidad de embalse (m^3)**	**Destino**
Río Hondo	Las Termas	1.000.000.000	irrigación, hidroelectricidad, regulación de crecida, recreativo.


PROVINCIA DE SALTA
Rosario de la Frontera
R. Horcones
64°
63°
62°
Canal de Dios
Monte Quemado
Canal
Canal del Desierto
26°
La Candelaria
La Fragua
R. Urueña
R. Salí
Río Salado
Campo Gallo
CHACO
Tafí Viejo
PROVINCIA DE TUCUMAN
SAN MIGUEL DE TUCUMÁN
Banda del Río Salí
Canal de la Patria
N
O
E
S
27°
Embalse Los Figueroa
Embalse del Km. 0
Pozo Hondo
R. Salí
Termas de Río Hondo
R. Chico
Embalse Río Hondo
Río Dulce
R. de la Guardia
Quimilí
PROVINCIA DEL CHACO
SA. DE GUASAYAN
La Cañada
La Banda
SANTIAGO DEL ESTERO
Fernández
San Pedro
Suncho Corral
28°
Bdo. de Ovanta
Arraga
Garza
Brea Pozo
Ciudad de Loreto
El Alto
Va. Atamisqui
Herrera
Añatuya
PROVINCIA DE CATAMARCA
Frías
SANTA FE
R. Saladillo
Bandera
San Antonio
29°
Los Telares
Salinas de San Bernardo
Salinas de Ambargasta
Va. Grl. Mitre
Río Salado
Tostado
SA. DE AMBARGASTA
SA. DE SUMAMPA
Sumampa
Villa Ojo de Agua
Río Dulce
Va. Unión
Ancas Mayo
San Francisco del Chañar
Selva
Villa de María
Salinas Grandes
30°
PROVINCIA DE CORDOBA
PROVINCIA DE SANTA FE
Provincia de
SANTIAGO DEL ESTERO.
Aspecto físico
1 cm = 20,980 km
Deán Funes
65°
64°
63°
62°
Lag. Mar Chiquita
OESTE DE GREENWICH